

LA DEMANDA COMO FACTOR DETERMINANTE DEL CRECIMIENTO ECONÓMICO

Félix Jiménez

Introducción

Máximo Vega-Centeno ha sido y es un distinguido docente universitario. Maestro de varias generaciones de economistas en el país. Todos ellos, y los que no fuimos sus alumnos, aprendimos de sus escritos, en su mayoría dedicados fundamentalmente a los temas de crecimiento, industrialización y cambio técnico. En homenaje a su contribución al conocimiento sobre estos temas, presentamos este artículo, que lo coloca, en el Perú, como uno de los principales críticos de las teorías del crecimiento que ubican a este último como un proceso esencialmente determinado por factores de oferta. Su reclamo sobre el papel de la demanda es implícito, a veces explícito, sobre todo cuando explica la elección de técnicas y su asociación con el proceso de inversión.

Es posible que él mismo no esté de acuerdo con esta afirmación, pero en la lógica de sus escritos se encuentran, a veces como hilo conductor, y otras veces como llamados a pisar tierra, alusiones a la importancia de la demanda y de las políticas económicas para explicar tanto el comportamiento de largo plazo de la economía como la existencia o no de posibilidades para la innovación tecnológica.

Este es el razonamiento que, a nuestro juicio, domina sus tres textos básicos. Me estoy refiriendo a *Crecimiento, industrialización y cambio técnico. Perú 1955-1980*, cuya primera edición aparece en 1983; a *Desarrollo económico y desarrollo tecnológico*, publicado en 1993, y a *El desarrollo esquivo*, que aparece por primera vez el año 2003. La distancia de una década entre una y otra publicación, más que un hecho curioso, parece revelar la buena preferencia de Máximo por entregarnos productos de larga maduración y siempre refiriéndose al comportamiento tendencial de la economía nacional. Es posible también que la distancia le haya permitido ver mejor los cambios producidos en la realidad, así como en la propia

teoría del crecimiento, no obstante su preferencia por la llamada nueva teoría del crecimiento endógeno.

La realidad actúa como centro de gravedad de las reflexiones teóricas y de las motivaciones que subyacen a las investigaciones de Máximo Vega-Centeno, porque él está convencido de que «el objetivo de la sociedad es el bienestar de sus miembros y, en una perspectiva más exigente, la realización plena de las personas en sociedad [...]. [Una] sociedad que está en busca (efectiva) del bienestar global y de hacer posible la realización personal de sus integrantes está, por eso mismo, exigida de producir más, de producir lo que es socialmente necesario y de producir bien» (Vega-Centeno 1993: 17-19).

Con una concepción de este tipo, la insatisfacción que le causa la teoría convencional del crecimiento se revela en distintas partes de sus escritos. Por la misma razón, le produce una gran frustración el limitado desarrollo industrial que el país ha alcanzado en más de medio siglo. No ha desaparecido, sin embargo, su convicción sobre el papel de la manufactura, a pesar de la ola neoliberal reprimarizadora. El desarrollo humano «como proceso creador de mejores posibilidades para la población» supone «esencialmente desarrollo industrial». Dice al final de su libro publicado en 2003:

Como ya se ha reiterado, el desarrollo supone incremento de la oferta agregada; y eso quiere decir, crecimiento y diversificación de la producción. Ahora bien, esto último supone, esencialmente, desarrollo industrial, ya que es en ese campo que se registran las mayores ausencias, las mismas que inducen el recurrir, a veces excesivamente, a la importación, incluso con presión sobre los patrones de explotación de recursos naturales, para así crear *capacidad de importar*. Por otra parte, la actividad industrial, en la medida que es más completa, genera múltiples eslabonamientos y articula el desarrollo de otros sectores. Son estos los efectos de arrastre que se pueden esperar de un desarrollo industrial sólido (Vega-Centeno 2003: 268-269).

Por último, la importancia esencial de la manufactura para el desarrollo se expresa también en su carácter determinante de la evolución de la productividad. Asimismo, la importancia del mercado para el crecimiento y la elección de técnicas se destacan una y otra vez. Las decisiones de adoptar o rechazar una técnica —nos dice— no son atemporales. Están influidas por el «el estado y el ritmo de desarrollo, así como [por las] dimensiones y funcionamiento de los mercados» (Vega-Centeno 1993: 82).

En resumen, en los escritos de Máximo Vega-Centeno destacamos como sus principales contribuciones las siguientes: una crítica a las teorías convencionales del crecimiento, y un planteamiento a favor de la manufactura y del mercado en el desarrollo de la productividad y del cambio técnico. Pero su preocupación por

el papel del mercado no lo lleva a discutir los límites que enfrenta la inversión local para expandirse. Este es un tema que abordaremos al final de este artículo. En las dos secciones que siguen desarrollaremos nuestros puntos de vista sobre las teorías convencionales del crecimiento y sobre el papel de la manufactura, cotejándolos con los aportes que sobre ellos realiza Máximo Vega-Centeno en sus escritos mencionados.

Teoría del crecimiento restringido por la oferta y teoría del crecimiento restringido por la demanda

El énfasis en los factores de oferta de la teoría neoclásica del crecimiento es el punto que a Máximo Vega-Centeno le causa insatisfacción, aunque él alude solo implícitamente a la importancia del ahorro en esta teoría:

[E]xiste consenso [...] acerca del hecho que el crecimiento de una economía [...] no puede ser enteramente explicado en términos de las cantidades crecientes de factores productivos utilizados, sino que lo es también por la intervención de otros elementos de naturaleza tecnológica que modifican la eficiencia de los factores habitualmente resumidos en el Trabajo y el Capital (Vega-Centeno 1983: 104).

Según la teoría neoclásica, la tasa de crecimiento aparece restringida por la propensión al ahorro; es decir, el sentido de la causalidad va de la propensión al ahorro, normalizada por la relación capital-producto, a la tasa de crecimiento y acumulación. Keynesianos ortodoxos y los que adhieren a la «teoría del crecimiento endógeno» coinciden con esta concepción neoclásica de largo plazo (Jiménez 1987a). No hay espacio para la demanda.

Como el ahorro crea inversión, los fallos en la demanda no pueden aparecer, y los cambios autónomos de la demanda agregada solamente pueden influir en la utilización de recursos en el corto plazo, siempre y cuando los errores en las expectativas o las rigideces nominales —ambos fenómenos considerados como transitorios— interrumpan el, en otro caso, neutral (en términos de su impacto en las variables reales) ajuste de precios (Setterfield 2005).

En una economía limitada por factores de oferta, la demanda se adapta a la capacidad productiva mediante mecanismos distintos dependiendo de su tamaño. Si la economía es pequeña —es decir que no puede influir en el movimiento de los precios internacionales—, las importaciones se ajustan al exceso de demanda de bienes importables y las exportaciones al exceso de oferta de bienes exportables correspondientes a los términos del intercambio exógenamente dados. Se supone que esta economía no está sujeta a restricciones de demanda en su comercio

exterior. También se supone que los desequilibrios de la balanza de pagos son resultado de desequilibrios monetarios, inevitablemente transitorios, porque, en última instancia, deben existir consecuencias monetarias autocorrectivas. Si el ajuste natural no se produce, debe de haber una contracción monetaria deliberada. La devaluación es solo un sustituto de la contracción monetaria y mejorará la balanza de pagos solo si aumenta la demanda de dinero, a través del efecto en los saldos reales, incrementando el nivel de precios internos (Johnson 1973 y Thirlwall 1980).

Por otro lado, en un país grande y en el caso de los modelos de comercio entre dos países, la demanda se ajusta a la capacidad productiva a través de los movimientos de los términos de intercambio. Mientras el ritmo de expansión de la capacidad depende del ahorro, las exportaciones y las importaciones se ajustan a dicho ritmo, garantizando así la igualación a largo plazo de la demanda a la capacidad productiva (Johnson 1958).

El capítulo tercero del libro de Máximo Vega-Centeno publicado en 1993 tiene un conjunto de críticas a esta teoría. Entre ellas destacan: la consideración de un solo tipo de agente cuando en la realidad hay agentes heterogéneos; el papel de los precios de los factores productivos que corresponden supuestamente a sus respectivas productividades marginales; la consideración de estos factores como homogéneos y como parte de la teoría de la elección de técnicas, cuando en la realidad los factores son «múltiples y diferentes»; y, desde la perspectiva de economías como la nuestra, la no consideración de sus estructuras productivas desarticuladas o con débiles eslabonamientos.

Desde su trabajo de 1983, Máximo Vega-Centeno adiciona como otra característica de nuestra economía el tener «serios desajustes en la Balanza de Pagos» (Vega-Centeno 1983: 122). De aquí su preocupación por los gastos en regalías y patentes o marcas, o por la propiedad de estas últimas por parte de las empresas transnacionales, que le permiten tener un «control efectivo de las empresas con capital nacional o aún estatales» (Vega-Centeno 1983: 125). Pero lo que es más importante de todo esto es la «dólar-adicción» de la industria desarrollada en el país, que acentuó los problemas de la balanza de pagos.

La industrialización en el Perú ocurre en un «contexto macroeconómico en el cual han prevalecido diversas y cambiantes distorsiones [...]. Estas al modificar los precios relativos internos por efecto de los incentivos a la inversión [...] han inducido tanto decisiones de producción (orientación de la estructura), como un contenido de las inversiones que ha privilegiado equipo, técnicas y servicios técnicos originarios y experimentados en el exterior. Por otra parte, la sobreprotección arancelaria ha anulado la diferencia entre precios internos y los internacionales

y ha neutralizado, por ello, los posibles efectos de la competencia, así como ha introducido diversas formas de ineeficiencia» (Vega-Centeno 1983: 116).

En consecuencia, en economías con desarrollos industriales de este tipo, su crecimiento tiene que estar limitado fundamentalmente por la demanda efectiva interna, que, a su vez, se encuentra determinada o regulada por una restricción en la balanza de pagos, y los precios (términos del intercambio) no desempeñan un papel equilibrador en el comercio internacional (Lustig y Ros 1986).

En otros trabajos hemos mostrado, con metodologías diversas, que la cuenta corriente de la balanza de pagos es la mayor limitación que enfrenta la tasa de crecimiento del producto (Jiménez 1984; Jiménez y Nell 1986). La tendencia persistente al déficit en dicha cuenta, que impide el crecimiento sostenido de la demanda interna, tiene su origen en el modo de acumulación que reproduce la estructura industrial desintegrada, carente de un sector local productor de insumos y bienes de capital, y por lo tanto, altamente dependiente de las importaciones. Debido a estas condiciones estructurales, señalábamos, las políticas expansionistas o de reactivación son a la vez autodestructivas y crecientemente difíciles, a medida que desaparecen las posibilidades del patrón histórico de sustitución de importaciones. Esto se refleja, para tasas dadas de crecimiento de las exportaciones, en disminuciones tanto de las tasas de crecimiento económico asociadas al equilibrio de la cuenta corriente de la balanza de pagos como de la contribución del capital financiero extranjero a dicho crecimiento.

Asimismo, hemos mostrado que las tasas de crecimiento correspondientes al equilibrio de la balanza de pagos actúan como centro de gravedad del crecimiento económico de largo plazo (Jiménez 1988a). La economía no puede alejarse indefinidamente de estas tasas de crecimiento.

Como se comprenderá, estas tasas se estiman bajo el supuesto de equilibrio de la cuenta corriente de la balanza de pagos (Thirlwall y Hussain 1983; Jiménez 1988a; Thirlwall 2003):

$$P_d X = P_f M E$$

Donde P_d representa los precios internos o de las exportaciones en moneda local; P_f es el precio de las importaciones en moneda extranjera; X es la cantidad de exportaciones; M la cantidad de importaciones y E es el tipo de cambio.

Supongamos, como Thirlwall, la existencia de funciones de demanda de exportaciones e importaciones multiplicativas:

$$X = A \left(\frac{P_d}{P_f} \right)^\eta Y_f^\theta$$

$$M = B \left(\frac{P_f E}{P_d} \right)^\psi Y^{\epsilon_m}$$

Donde η (<0) es la elasticidad precio de la demanda de exportaciones; θ (>0) es la elasticidad ingreso de la demanda de exportaciones; Y_f es el ingreso del resto del mundo; ψ (<0) es la elasticidad precio de la demanda de importaciones; Y es el ingreso o producto bruto interno; y ϵ_m (>0) es la elasticidad ingreso de la demanda de importaciones.

A partir de las tres ecuaciones anteriores y expresando las variables en tasas de crecimiento (las elasticidades y otros parámetros están constantes), se obtiene la tasa de crecimiento del PBI consistente con el equilibrio de la balanza de pagos (g_B).

$$g_B = \frac{(1 + \eta + \psi)(p_d - p_f - e) + \theta y_f}{\epsilon_m}$$

Según la fórmula anterior, la tasa de crecimiento que equilibra la balanza de pagos aumenta si mejoran los términos del intercambio y cuando crece la demanda mundial por nuestros productos. Una elasticidad ingreso de las exportaciones también hará aumentar la tasa de crecimiento de largo plazo que equilibra la balanza de pagos, y una alta elasticidad ingreso de importaciones reducirá dicha tasa de crecimiento.

Si se toman en cuenta los flujos de capital del exterior o la balanza de capitales, la tasa de crecimiento limitada por la balanza de pagos, bajo los supuestos de una balanza en cuenta corriente deficitaria, sería (Thirlwall 2003):

$$g_{BT} = \frac{(p_d - p_f - e) + [(\bar{X} / R)\eta + \psi](p_d - p_f - e) + (\bar{X} / R)\theta y_f + (C / R)(c - p_d)}{\epsilon_m}$$

Donde $\frac{(\bar{X} / R)\theta y_f}{\epsilon_m}$ mide el efecto de la tasa de crecimiento ponderada de las exportaciones; $\frac{(C / R)(c - p_d)}{\epsilon_m}$ mide el efecto de la tasa de crecimiento ponderada de los flujos de capital del exterior; C es el valor de los flujos de capital del exterior medido en moneda local (incluye el flujo neto de préstamos de mediano y largo plazo más la inversión extranjera directa menos el ingreso de la propiedad pagado al exterior ajustado por transferencias); c es la tasa de crecimiento de los flujos de capital del exterior; \bar{X} es el valor de los ingresos por exportaciones; y R es igual a $C + \bar{X}$.

De acuerdo con esta última fórmula, una tasa de crecimiento consistentemente superior a la que correspondería a la cuenta corriente en equilibrio implica la presencia de una tasa de crecimiento constante o creciente de los flujos de capital extranjero.

Este es un enfoque alternativo al convencional neoclásico. La tasa de crecimiento (y , por supuesto, no los términos del intercambio) es la que se ajusta para equilibrar la expansión de las exportaciones y de las importaciones (según la fórmula de g_B) o para mantener un déficit constante definido por el comportamiento de las exportaciones, de las importaciones y del capital del exterior (según la fórmula de g_{BT}).

En otras palabras, a largo plazo, la capacidad productiva es la que se ajusta a la expansión de la demanda. Si los límites no están por el lado del ahorro interno y los factores productivos, la restricción de la balanza de pagos, en economías capitalistas descentradas y con procesos de industrialización tardíos, configura un mercado interno cuyas posibilidades de expansión a largo plazo son reducidas. En estas condiciones, el coeficiente de inversión privada a PBI tenderá a estancarse¹.

Con este enfoque, decíamos en otro trabajo (Jiménez 1988b), la visión ortodoxa del corto y el largo plazo, como dos horizontes temporales separados, desaparece. El tratamiento separado del corto y el largo plazo originó dos concepciones económicas en conflicto. Por un lado, la concepción de la determinación del ingreso a largo plazo, de acuerdo con la cual la tasa de acumulación de capital está limitada por la capacidad de ahorro. Por otro lado, la concepción de la determinación del ingreso a corto plazo, identificada como la concepción keynesiana de la determinación del ahorro mediante la inversión a través de cambios en el ingreso.

En contraste con este tratamiento dicotómico y contradictorio, en el enfoque alternativo, el nivel de producción se ajusta, a corto plazo, al nivel de demanda efectiva, y a largo plazo, es la capacidad productiva misma, *a través de variaciones en la tasa de acumulación de capital*, la que se ajusta a la expansión de la demanda determinada por la tasa de crecimiento de las exportaciones y la elasticidad ingreso de las importaciones, dados los términos de intercambio. Como señala Garegnani (1983), la inversión determina el ahorro a través de cambios en el nivel de la capacidad productiva (y no solo mediante cambios en el nivel de uso de la capacidad productiva).

¹ Para un examen de los efectos del descentramiento en la tasa de acumulación de capital, véase Jiménez (1987b).

En el enfoque ortodoxo o neoclásico, la tasa de crecimiento de largo plazo es igual a la propensión a ahorrar sobre la relación capital-producto ($g = \frac{s}{v}$). Supongamos, solo para efectos de comparación, que los términos del intercambio están dados y que no se toman en cuenta los flujos de capital. Las fórmulas correspondientes a los enfoques ortodoxo y alternativo pueden igualarse del siguiente modo:

$$s/v = x/\varepsilon_m$$

Donde x es la tasa de crecimiento de las exportaciones. El primer miembro de esta ecuación supone la igualdad entre ahorro e inversión; el segundo implica la igualdad entre exportaciones e importaciones.

Para la ortodoxia neoclásica, la demanda se ajusta a (s/v) , que es la que determina el ritmo de creación de capacidad productiva. En otras palabras, las exportaciones e importaciones se ajustan a la capacidad de producción y , esta, se supone, depende de la capacidad de ahorro de la economía.

En el enfoque alternativo, es la creación de capacidad productiva (s/v) la que se ajusta a la tasa de crecimiento de la demanda determinada por la expansión de las exportaciones (o, en su caso, la expansión del capital del exterior y el mejoramiento de los términos de intercambio) y la elasticidad ingreso de las importaciones. Esto quiere decir que la balanza de pagos desempeña un papel restrictivo, y no el ahorro. La evidencia empírica muestra que las tasas de crecimiento teóricas correspondientes al total de los ahorros invertidos fueron sistemáticamente mayores que las tasas de crecimiento del PBI observadas (Jiménez 1988a).

A largo plazo, la economía no puede crecer sostenidamente a una tasa que supere a la definida por (x/ε_m) , por g_B o por g_{BT} . Todo crecimiento por encima del primero debe de generar una situación financiera insostenible. Si el crecimiento se apoya en términos de intercambio favorables por el papel dominante de los sectores primarios, un *shock* que provoque su caída volverá a revelar la debilidad estructural de la economía. Si el crecimiento se apoya con capitales del exterior, su contribución decrecerá debido a las remesas por servicios financieros que implica. Su impacto a largo plazo sobre la balanza de pagos es negativo.

Si es la creación de capacidad productiva la que se ajusta a la tasa de crecimiento de la demanda, el cambio técnico debe seguir la misma ruta. No es casual que la ortodoxia neoclásica no tenga explicaciones claras sobre el origen de estos cambios. Precisamente cuando trata, sobre la base de encuestas y estudios empíricos, de los elementos determinantes del cambio técnico, Máximo Vega-Centeno se aparta de la ortodoxia neoclásica y opta por un enfoque que toma en cuenta factores de demanda en el crecimiento.

Los elementos determinantes, y de los más importantes [son] la calidad del producto, la dimensión del mercado y el costo y disponibilidad del financiamiento, con preponderancia sobre el costo de los servicios del trabajo. Consecuentemente, reducir el problema al examen de los precios relativos de los factores es excesivo, además de riesgoso; como lo es también reducir (como corolario) la evaluación de las técnicas al examen de la intensidad de uso de los factores que ellas plantean, como criterio único y definitivo (Vega-Centeno 1993: 79).

Para él, «el cambio técnico o innovación constituye un fenómeno importante que contribuye y marca el carácter del crecimiento económico y de la transformación de una economía a lo largo del proceso de desarrollo». Pero, de acuerdo con las teorías convencionales del crecimiento, si «se supone una tecnología constante, i. e. una economía en la que no hay cambios técnicos, el producto debería crecer en función de la mayor disponibilidad y del uso de factores productivos». Así, «desde el punto de vista teórico, se reconoce la incidencia del cambio técnico, pero se renuncia a explicarlo» (Vega-Centeno 2003: 55, 58-59).

Manufactura, crecimiento, productividad y cambio técnico endógenos

Máximo Vega-Centeno no puede explicar el cambio técnico y la evolución de la productividad sin referencia al desarrollo manufacturero. De la discusión del condicionamiento del mercado en la elección de técnicas pasa a sostener que «el desarrollo tecnológico es indisoluble y aún es tributario del *desarrollo industrial*, es decir del desarrollo de la producción. Nos referimos, por supuesto al patrón de producción, a la integración de actividades (intersectorial e interindustrial) y a la expansión y modernización de actividades específicas» (Vega-Centeno 1993: 132).

El enfoque neoclásico del crecimiento económico privilegia las restricciones de oferta y deja de lado las restricciones de demanda que operan antes que las primeras. Considera, además, la oferta de los factores productivos como exógenamente dada y, ciertamente, trata a los sectores productivos como si fueran todos iguales. La propia historia del capitalismo muestra que esto no es así.

Siguiendo la tradición smithiana y keynesiana, Kaldor desarrolla una teoría del crecimiento económico basada en el papel motor de la industria manufacturera (Kaldor 1966 y 1967)². En términos dinámicos, dice Kaldor, la tasa de crecimiento de la industria manufacturera originada por la expansión del mercado ejerce una influencia determinante sobre la tasa de crecimiento de la economía en su conjunto, induciendo cambios en la estructura de la producción y de la

² Véase también Cripps y Tarling 1973.

demandas, y estimulando el aumento de la productividad y del empleo, a través de un proceso de causación acumulativa³.

La oferta de factores productivos no pone límites a la expansión de la industria manufacturera: su tasa de crecimiento depende básicamente de la expansión del mercado. Por lo tanto, las restricciones a la expansión del mercado (o de la demanda) son también restricciones al crecimiento económico⁴.

Smith, refiriéndose al sector manufacturero, afirmaba que la amplitud de la división del trabajo se encuentra limitada por la extensión del mercado (Smith 1958: 20). «La agricultura por su propia naturaleza no admite tantas subdivisiones del trabajo, ni hay división tan completa de sus operaciones como en las manufacturas» (Smith 1958: p. 9). Un planteamiento similar se encuentra en las obras de Marx. Por ejemplo, sobre el papel del mercado, nos dice:

Una producción determinada [...] determina un consumo, una distribución, un intercambio determinados y relaciones recíprocas determinadas de estos diferentes momentos. A decir verdad, también *la producción, bajo su forma unilateral, está a su vez determinada por otros momentos. Por ejemplo, cuando el mercado [...] se extiende, la producción amplía su ámbito y se subdivide más en profundidad* (énfasis nuestro) (Marx 1971a: 20).

Por otro lado, en relación con las consecuencias que origina el desarrollo de la industria manufacturera, Marx señala:

Con el desarrollo del régimen fabril y la transformación de la agricultura, que este régimen lleva aparejada, no sólo se extiende la escala de la producción en todas las demás ramas industriales, sino que cambia también su carácter. El principio de la industria mecanizada [...] da el tono en todas las industrias (Marx 1971b: 384).

Para Smith y para Marx, entonces, las interrelaciones de la manufactura con las otras ramas de la actividad económica estimulan, en su interior y en el resto de la economía, el aumento de la productividad y del ingreso y, a través de un impulso recurrente sobre la demanda, aceleran el crecimiento económico. Las tasas de crecimiento de la productividad en el sector manufacturero y de la

³ La hipótesis de la relación dinámica existente entre la producción manufacturera y la producción agregada fue corroborada por nosotros para el corto y el largo plazo (Jiménez 1981).

⁴ En los sectores primarios, la expansión de la producción se encuentra limitada por la disponibilidad de los recursos naturales y la productividad en su explotación. Este hecho, y la poca capacidad que tienen para generar efectos multiplicadores debido a su escasa interrelación con los otros sectores, les impiden convertirse en motores del crecimiento económico. Por otra parte, la expansión de la producción del sector terciario de servicios está subordinada al movimiento de la economía en su conjunto, puesto que su demanda es derivada del desarrollo de las actividades industriales.

productividad fuera de este sector dependen, por lo tanto, de la tasa a la cual dicho sector se expande.

La relación empírica entre el crecimiento de la productividad y el crecimiento del producto en el sector manufacturero se conoce también como la ley de Verdoorn (Verdoorn 1949). Esta asociación es positiva porque en el sector manufacturero existen rendimientos crecientes a escala, dinámicos y estáticos. Cuando el tamaño del mercado crece, habría que esperar el aumento de las posibilidades de extender e intensificar la división y especialización del trabajo. Con ello, no solo se estimularía el crecimiento y diversificación de la manufactura sino también el incremento de la productividad de la mano de obra de todo el sector, debido a que sus actividades se encuentran estrechamente interrelacionadas. Por otra parte, en la medida en que una división del trabajo más intensa y extensa acentúa dichas interrelaciones y origina mayores aumentos de la producción, la presencia de rendimientos crecientes sería concomitante al crecimiento del sector manufacturero⁵.

En consecuencia, el aumento de la productividad y el cambio técnico no se determinan en forma exógena, sino que dependen del crecimiento de la producción manufacturera y este, a su vez, del incremento de la demanda o, más exactamente, de la expansión del mercado⁶. La ley de Verdoorn rige solo en la manufactura; vale decir que únicamente en este sector los aumentos en la productividad y en el empleo se encuentran *estrecha y positivamente* relacionados con el crecimiento de la producción. El empleo aumenta porque se expanden los requerimientos de mano de obra industrial cuando crece la extensión del mercado; y al aumentar el tamaño de este, las mejoras en la organización y en las técnicas de producción, unidas a las nuevas inversiones, ocasionan aumentos en la productividad tanto en el mismo sector como en la economía en su conjunto. Esta es la razón por la cual los cambios técnicos son endógenos respecto a la expansión de la producción y del mercado.

Al respecto, Marx señala lo siguiente:

La división del trabajo en la manufactura repercute en la división del trabajo dentro de la sociedad, y la impulsa y multiplica. Al diferenciarse los instrumentos de trabajo, se diferencian cada vez más las industrias que los producen (Marx 1971b: 287).

⁵ Para el desarrollo de estas ideas, véase Kaldor (1966: 7-10). Véase también Rowthorn (1975) y Kaldor (1975).

⁶ En los sectores primarios y terciarios, los cambios en el empleo y en la productividad son, en general, inducidos por la expansión industrial manufacturera a través de la absorción de subempleo, la provisión de insumos y bienes de capital más productivos y el crecimiento de la demanda de servicios. Véase Cripps y Tarling (1975).

Agrega:

Una historia crítica de la tecnología demostraría seguramente que ningún invento [...] fue obra personal de un individuo [...]. La tecnología nos descubre la actitud del hombre ante la naturaleza, el proceso directo de producción de su vida, y, por tanto, de las condiciones de su vida social (Marx 1971b: 303, n. 4).

Desarrollo industrial y competitividad en el comercio exterior

Los mercados «libres» son eficientes, reza la ortodoxia neoclásica y neoliberal. Pero, como dice Eatwell (1981), se confunden dos proposiciones irreconciliables, una desarrollada por Smith y la otra perteneciente a la teoría neoclásica. Según Smith, en un mercado competitivo tienden a dominar los productores con los costos de producción más bajos; es decir, la competencia asegura que se tienda a utilizar la técnica que permite el menor costo de producción, lo que posibilita la obtención de mayores beneficios y acelera la tasa de acumulación; mientras que, según la proposición neoclásica, un mercado competitivo conduce a una eficiente asignación de los recursos (Eatwell 1981). Es claro que ambas proposiciones no significan lo mismo. La proposición neoclásica, a diferencia de la de Smith, por ejemplo, iguala el concepto de eficiencia con el pleno empleo de los recursos. No es esto lo que quería decírnos Smith cuando se refería a la «mano invisible del mercado».

Entonces, en la propia lógica del planteamiento neoclásico sobre el crecimiento de largo plazo, no hay cabida para el análisis del crecimiento de la productividad. Esta es fundamentalmente exógena. En los desarrollos recientes de la teoría del crecimiento «endógeno», el problema se reduce a la velocidad de la incorporación de nuevos métodos a la producción —como los modelos de convergencia tecnológica (*catching-up models*) y de generaciones de los bienes de capital—, y a la incorporación de los gastos en educación, en investigación y desarrollo, que demuestran el carácter subóptimo del mercado competitivo. Al respecto, dice Máximo Vega-Centeno:

[D]ebemos anotar que en el mundo real la elección de técnicas no se produce necesariamente entre las técnicas óptimas (puntos de frontera), sino entre las técnicas disponibles y conocidas (puntos del conjunto) que pueden ser incluso sub-óptimos desde el punto de vista estrictamente técnico (Vega-Centeno 1993: 73).

Y sobre el residuo de Solow, nos dice:

[L]a tasa de crecimiento residual no es otra cosa que la tasa de crecimiento de la productividad de los factores que intervienen en la producción. Por lo mismo no es una medida de cambio técnico o de innovación y la denominación de progreso técnico es, a todas luces, equívoca (Vega-Centeno 2003: 61).

Ahora bien, si la competencia en el mercado asegura la utilización de la técnica de menor costo de producción, un mercado en expansión, al posibilitar el crecimiento de la productividad debido a la extensión y profundización de la división del trabajo, asegura ganancias de competitividad mediante la reducción de los costos por unidad producida. Para Smith, la división del trabajo presupone cambios cuantitativos en la organización de la producción industrial asociados con la escala, y cambios cualitativos en la producción que también producen cambios en la escala, pero que están más asociados al uso de diferentes procesos y a la producción de bienes diferentes, los que también modifican la organización social de la producción.

De acuerdo con este enfoque smithiano-kaldoriano, entonces, la mejor política comercial es aquella que permite un rápido crecimiento de largo plazo de la demanda de productos manufacturados. En otras palabras, la capacidad de la industria nacional de penetrar en los mercados externos se logra mediante incrementos de la productividad, y estos incrementos dependen de la extensión del mercado.

Nótese que la capacidad de penetración o grado de competitividad de los productos nacionales manufacturados se concibe en términos de incremento de la productividad, incremento que depende del crecimiento de la producción y este, a su vez, de la expansión de la demanda o del mercado interno. Por consiguiente, según la lógica de este enfoque, vía aumentos en la productividad, *el crecimiento de la producción debe influir positivamente en el incremento de las exportaciones*. Los aumentos en la capacidad de penetración tienen que apoyarse en cambios técnicos que, como se comprenderá, no pueden ocurrir en el corto plazo. En consecuencia, el comportamiento de las exportaciones (no las exportaciones primarias) está relacionado en forma sistemática y a largo plazo con el funcionamiento del sector manufacturero. La expansión de este, mediante los aumentos que genera en la productividad del trabajo, incrementa la capacidad de penetración en los mercados externos y, por tanto, estimula el crecimiento de las exportaciones.

En el esquema neoclásico, la libre actuación del mecanismo de precios asegura la eficiencia y buen desempeño de cualquier economía (grande o pequeña) y de su comercio exterior. Los flujos de comercio dependen de las ventajas comparativas resultantes de las diferencias internacionales en la dotación de recursos, bajo los supuestos de competencia perfecta, rendimientos constantes a escala y ausencia de barreras al libre comercio. Por lo tanto, la política económica debe tender a eliminar todo obstáculo que enfrente este mecanismo. Así, «imperfecciones» como, por ejemplo, la «existencia de sindicatos», que supuestamente elevan el costo del trabajo, son vistos como factores que restringen la libre operación del mecanismo de precios.

Es cierto que el comportamiento de los mercados externos constituye el otro factor determinante del crecimiento de las exportaciones. Pero ¿puede algún país en lo individual manipular la conducta o la tasa de expansión de estos mercados? La respuesta no puede ser afirmativa. Las políticas y la naturaleza de las economías de los países del resto del mundo están fuera del control de cualquier gobierno interesado en promover sus exportaciones. Esto implica, pues, que el comportamiento de los mercados externos tiene que tomarse como dado, pero queda lo que ya fue mencionado: la posibilidad de estimular las exportaciones aumentando la capacidad de su penetración a estos mercados mediante el incremento de la productividad o, más exactamente, mediante la expansión del mercado interno.

A diferencia de lo que piensan los neoliberales y los neoclásicos, no puede haber desarrollo industrial si no hay desarrollo del mercado interno; este es el modo, además, de superar los bajos y mal distribuidos ingresos de la población, y también la dependencia tecnológica del exterior. Esto no significa volver al proteccionismo ni proponer el desarrollo de una industria enmarcada dentro de los límites de nuestro país: salir a exportar supone desarrollar la productividad, y este desarrollo no es posible sin la expansión y articulación del mercado interno.

Cuando no se toma en cuenta la relación entre el aumento de las exportaciones y el crecimiento de la producción, ante una restricción de la balanza de pagos, parece lógico y pertinente postular la contracción del mercado local junto con medidas de comercio exterior aperturistas, con el supuesto objetivo de disminuir dicha restricción externa. Pero la lógica y la pertinencia son solo aparentes. No se toma en cuenta que los límites que enfrenta el mercado interno también son límites de la capacidad de penetración en los mercados externos. En consecuencia, el mejor camino para promover las exportaciones es aquel que permita el crecimiento cada vez mayor de la producción interna, lo cual, al estimular el aumento de la productividad, también mejorará el grado de competitividad de los productos nacionales.

La dura realidad peruana: industrialización incompleta

«Ningún país puede desarrollar o ligar su futuro a una industrialización parcial y dependiente» (Vega-Centeno 1993: 31). Si bien hay algunas actividades industriales consolidadas, el intervencionismo, decía, «ha frustrado desarrollos y ha consolidado comportamientos pasivos» (Vega-Centeno 1993: 144). Una década más tarde, en el año 2003, luego de una revisión de la situación de algunas ramas industriales importantes (alimentaria, textil y confecciones, minerales no metálicos, metal-mecánica y química), constata:

[L]a industria manufacturera en el Perú se concentra en sectores y actividades no solo intensivas en lo concerniente a recursos naturales sino, también, en actividades que implican escasa transformación, así como en el uso de tecnologías ya bastante conocidas. Hay ausencia, apenas presencia marginal, de actividades complejas o de mayor envergadura; por lo mismo, el desarrollo industrial apenas comienza, a pesar de un innegable recorrido y de alguna experiencia acumulada (Vega-Centeno 2003: 192).

Parece que nada había cambiado, después de veinte años, desde la publicación de su primer libro en 1983. Nos decía en este libro:

La experiencia reciente ha demostrado que las políticas implementadas, tanto por los incentivos como por los controles, la fiscalización o la nacionalización, y la protección, siendo rescatables o convenientes en alguna medida, no han resuelto los problemas de orientación [...] y de autonomía, y han planteado en términos diferentes, y aún más graves, otros relacionados con la integración y la eficiencia industrial y con la capacidad tecnológica local (Vega-Centeno 1982: 100).

La protección «muy fuerte e incluso permanente» y las políticas de facilidades para la importación de equipos y servicios productivos estimularon y en cierta manera subvencionaron «la importación masiva de maquinaria y el desarrollo de actividades en las ramas de bienes de consumo para las cuales, aparentemente, por lo menos, la demanda interna estaba asegurada» (Vega-Centeno 1983: 115). En consecuencia, la industria manufacturera peruana «opera con equipos y técnicas mayoritariamente generados en el exterior» y es «aún un conjunto de actividades de dimensión pequeña y en su mayor parte de escaso grado de refinamiento. Por lo mismo, los indicadores globales de su evolución reflejan primordialmente el desempeño o las decisiones de las unidades más grandes y complejas o del Estado» (Vega-Centeno 1983: 98). Y lo que era válido hace veinte años lo sigue siendo ahora: las actividades de la industria manufacturera «están dirigidas hacia un mercado interno pequeño y equipadas con bienes de capital, en su mayor parte importados» (Vega-Centeno 1983: 109).

Con una industria de este tipo, incompleta y dependiente de importaciones, las altas tasas de crecimiento de la producción daban lugar casi siempre a aumentos significativos de las importaciones de insumos, de bienes de capital y de otros productos manufacturados elásticos al ingreso. Con ello, se acentuaba el papel restrictivo de la balanza de pagos para la continuación del crecimiento económico.

El desarrollo manufacturero no contribuyó, pues, a integrar vertical y sectorialmente a la economía. «Parece claro —dice Máximo Vega-Centeno— que el Cambio Técnico, en la medida que se ha operado, ha sido más bien incorporado en los bienes de capital» (Vega-Centeno 1983: 111). Y además:

La intensificación del proceso de industrialización se ha producido en circunstancias en que las producciones nuevas para el país ya no lo eran en países industriales [...]. Si a esto añadimos el bloqueo que resulta del carácter incipiente de las plantas metalmecánicas y la inexistencia hasta hace muy poco de construcción de maquinaria, podemos comprender que en todo momento se haya recurrido al exterior para obtener Tecnología y equipos que eran necesarios [...]. La tradición industrial es, pues, débil y eso se manifiesta también en debilidad desde el punto de vista gerencial y los comportamientos frente a la novedad y el riesgo (Vega-Centeno 1983: 114-115).

Máximo Vega-Centeno menciona una y otra vez la condición «importada» del cambio técnico y el carácter larvado del crecimiento de la productividad. «El origen o las fuentes de los cambios experimentados no puede ser otro que la adquisición de Tecnología en el exterior del país o de la empresa, o la generación interna de nuevos métodos o técnicas» (Vega-Centeno 1983: 140). Pero mientras la adquisición de tecnología en el extranjero acrecienta los problemas de la balanza de pagos por el pago de patentes y regalías, la generación interna de nuevos métodos o técnicas mediante la incorporación de tecnología en los equipos está condicionada a los incentivos otorgados a la inversión y sobre todo a la reinversión industrial, que «ha abierto la posibilidad de importación indiscriminada de maquinaria» (Vega-Centeno 1983: 141).

En la sección de su libro publicado en 1983 dedicada a las causas y condiciones del cambio técnico, Máximo Vega-Centeno estima una ecuación que relaciona el crecimiento de la productividad con la tasa de crecimiento del producto y el gasto por trabajador en investigación.

El efecto de aumentos en el volumen de producción puede obedecer a cambios de escala de producción, a intensificación de uso de los factores y también a una ganancia en experiencia y destreza de los trabajadores a través del tiempo, es decir, el efecto aprendizaje sin gasto o con equipo invariable. Ahora bien, son estos hechos justamente los que parecen aportar en mayor medida al cambio en la productividad, incluso por encima de lo que considera previsible J. Verdoorn, es decir que el coeficiente que refleja esa contribución se sitúe en un rango comprendido entre 0.45 y 0.60 y como tendencia de largo plazo (Vega-Centeno 1983: 140-143).

La elasticidad que obtiene Máximo es estadísticamente unitaria. Nótese que no hace diferencia entre el crecimiento de corto y largo plazo, e incorpora el gasto por trabajador en investigación (o también el gasto en pago de regalías), lo que podría estar distorsionando los resultados si el modelo se hubiera orientado solo para captar la Ley de Verdoorn.

Siguiendo la teoría de Kaldor, esbozada anteriormente, nosotros estimamos la relación entre productividad y crecimiento de corto y largo plazo en el sector manufacturero, y corroboramos la existencia de una asociación directa, aunque no estadísticamente significativa, entre la tasa de aumento de la productividad y la tasa de crecimiento a largo plazo de la producción manufacturera. La baja elasticidad, casi la mitad de la esperada por Verdoorn, sugería que, por el carácter incompleto del desarrollo de la industria manufacturera, las innovaciones técnicas en la economía peruana exigen altas tasas de crecimiento del mercado. En cambio, a corto plazo, la mayor elasticidad nos indicaba la facilidad de lograr importantes aumentos en el rendimiento del trabajo, con instalaciones dadas mediante mejoras en la organización inducidas por el crecimiento de la demanda. Por otro lado, el bajo coeficiente de determinación confirmaba que en economías atrasadas como la peruana, el cambio técnico no siempre responde regularmente a la tendencia de la producción como en el caso de las economías desarrolladas, porque, como sostiene Máximo Vega-Centeno, las tecnologías industriales, más que generadas endógenamente, son introducidas a través de las inversiones extranjeras y por las empresas transnacionales (Jiménez 1981).

Por otro lado, hay que destacar que la elasticidad de la productividad respecto a los cambios de la producción está asociada al grado de eslabonamiento que la rama de bienes de capital tiene con las otras actividades industriales. Por lo tanto, el atraso de la manufactura y su dependencia tecnológica y de bienes de capital del exterior tiene que expresarse en una baja elasticidad a largo plazo: el crecimiento de la demanda de bienes de capital, cuando la integración sectorial de la economía es todavía débil, origina, relativamente, una menor difusión del progreso técnico a una tasa dada de expansión del mercado, al mismo tiempo que acentúa la restricción de la balanza de pagos al crecimiento económico.

La desarticulación, en consecuencia, impide la expansión sostenida de la demanda interna y, por lo tanto, la capacidad de la manufactura para impulsar el crecimiento y el proceso de innovación tecnológica. El cambio técnico no puede ser impulsado de manera endógena, porque los eslabonamientos del sector de bienes de capital con el resto de las industrias manufactureras no están localizados en el sistema nacional de insumo-producto sino en los flujos del comercio externo⁷. El limitado desarrollo industrial también se refleja en el actual patrón de comercio. La industrialización sustitutiva aumentó la elasticidad-producto de las importaciones y no modificó significativamente la composición de las

⁷ Como se sabe, los rendimientos crecientes y la innovación tecnológica son macrofenómenos asociados a un desarrollo industrial integrado cuya base se encuentra en el crecimiento del mercado interno.

exportaciones. Los productos tradicionales siguen predominando en el total de los volúmenes exportados: 84,2% en 1953, 90% en 1961, 90,8% en 1964, 87,8% en 1974 y 72% en 1987; y entre 1994 y el 2006, la participación de las exportaciones tradicionales aumentó de 71,4% a 77,2%. Por el lado de las importaciones, el recurrente predominio de los bienes de capital y los bienes intermedios acentuó la desarticulación vertical y sectorial de la economía y dio lugar a ciclos de la inversión derivados de los ciclos de la demanda, cuyo límite se encuentra por el lado de la balanza de pagos.

Una economía desarticulada no puede estimular la competencia ni, por consiguiente, la innovación y el desarrollo creciente de la productividad. El interés por mantener el capital de sus firmas para no perder mercados induce a los empresarios a realizar inversiones con innovaciones menores. Innovaciones mayores implican gastos de capital que, en el contexto de una demanda que no se sostiene a largo plazo, no son rentables. Las perspectivas del mercado, a largo plazo, son adversas.

Pero en una economía integrada, la industria no solo proporciona los bienes necesarios para incrementar la productividad, la ocupación y el ingreso en ella misma, sino también en los sectores primarios y terciarios; y con el crecimiento de la productividad y los rendimientos a escala, se mejora y acrecienta la competitividad de la producción manufacturera en los mercados externos.

La dura realidad peruana: ¿por qué es pequeño el mercado interno?

Más de 70 años de desarrollo industrial no han sido suficientes para resolver los problemas estructurales del país. Continúa la pobreza, y también su causa, la insuficiencia de empleos e ingresos. El crecimiento ha vuelto a depender del liderazgo de la producción primario-exportadora. Las relaciones sectoriales continúan siendo débiles o inexistentes y, en especial, la relación entre la industria y la agricultura de la sierra y de la selva prácticamente no existe. A esto se suma la carencia de una red vial que conecte la economía con la geografía y demografía del país.

Todos son problemas interrelacionados que impiden la creación de nuevos mercados internos y la expansión de los que ya existen. En consecuencia, aquí se encuentra la razón no solo del tamaño reducido del mercado interno sino también de su poco dinamismo. El reforzamiento mutuo de la producción y la demanda interna es un atributo de la industria manufacturera integrada. Cuando la demanda crece y se diversifica, estimula los cambios técnicos, aumenta la demanda en el interior de la industria, crece aún más su producción, y así sucesivamente. Un mercado integrado en crecimiento genera un proceso de causación circular

acumulativa, con rendimientos de trabajo y economías de producto y planta crecientes. Sin embargo, este no es el caso de la economía de nuestro país.

Cuando la demanda encuentra restricciones sistemáticas para expandirse y, por lo tanto, para impulsar el crecimiento, se truncan el proceso de innovación tecnológica y los aumentos de productividad. En estas condiciones, el coeficiente de inversión privada-PBI tiende a estancarse en el largo plazo, o bien se desacelera la tasa de crecimiento de la inversión. Las inversiones privadas son defensivas y con innovaciones menores, porque las perspectivas del mercado, en el largo plazo, son adversas.

Durante la primera fase del proceso sustitutivo de importaciones, de 1950 a 1966, la inversión privada creció a una tasa de 6,2% promedio anual. Lo hizo a una tasa parecida (6,3) si se extiende el período hasta 1974. En los años de tasas sostenidas de crecimiento del producto manufacturero (1959-1966), la tasa de crecimiento de la inversión alcanzó su valor más alto (7,7%). Finalmente, durante el período 1966-1987, la tasa de crecimiento de la inversión se redujo a 2,8% promedio anual. De 1974 a 1987, la tasa de crecimiento de la inversión privada alcanzó apenas 0,8% promedio anual. Estos fueron los años de la crisis del modelo de industrialización sustitutiva de importaciones. En los años siguientes, la inversión privada recuperó sus tasas de crecimiento, pero no alcanzó los niveles registrados en las décadas de 1950 y 1960. Entre 1987 y el 2006 creció a la tasa de 3,97% promedio anual.

Este hecho es descrito ampliamente por Máximo Vega-Centeno.

Las *olas* de inversión ocurridas en los momentos fuertes de la etapa de sustitución de importaciones (en los años inmediatos a 1960 y a 1971) han permitido conformar un parque de maquinaria e instalaciones de desigual importancia, pues correspondieron a decisiones de inversión subvencionada [...] y no siempre correspondieron a proyectos valederos de largo alcance [...]. La inversión industrial decayó luego de la etapa mencionada y, en todo caso, el contenido de las inversiones no ha sido muy rico en elementos técnicos nuevos (Vega-Centeno 2003: 219).

Por el lado de la localización de la inversión y con información de mediados de la década de 1990, Vega-Centeno señala que «el 92% de los activos industriales se encuentra en ciudades de la región costera, sólo 5% en la sierra y el 3% en la selva», debido al centralismo y también debido a «escasez de facilidades para concretar inversiones fuera de la costa y para asegurar los indispensables flujos de insumos, de repuestos y de producción en el interior del país en el tiempo oportuno y con la rapidez deseable, dadas las condiciones de acceso (transporte) y la dimensión de los mercados en el interior del país» (Vega-Centeno 2003: 220).

Más adelante agrega que «en cuanto al esfuerzo de ensanchamiento de capacidad o de renovación técnica [...] puede afirmarse que la formación bruta de capital fijo creció moderadamente; es decir, se repuso capital y se expandió escasamente la capacidad hasta fines de los años ochenta, para luego experimentar una caída sensible en 1993. El período reciente es de una recuperación paulatina», pero aún no se alcanzan los niveles registrados en las décadas de 1960 y 1970. «Este hecho se confirma —dice Máximo— si se toma en cuenta el coeficiente de inversión industrial que llegó a ser 26.9% del PIB industrial en 1987 y que actualmente es del orden de 13.0%» (Vega-Centeno 2003: 221).

Restricciones a la inversión nacional y propuestas de política

Para sostener el crecimiento por largos períodos, aumentar la productividad, generar puestos de trabajo estables y mejorar la distribución de la riqueza, se puede recuperar el liderazgo de la industria y de los mercados internos en el marco de una economía abierta y de mercado.

Sin un proceso de reindustrialización, como advierte Máximo Vega-Centeno, será imposible asegurar un crecimiento económico autónomo, viable y socialmente aceptable, a largo plazo, tanto por el lado del empleo como por el lado de la equidad. Con una industria liderando el crecimiento, anclada en mercados internos articulados, mejorará la posición competitiva de la economía en los mercados internacionales, incrementando el peso de los productos no tradicionales, manufacturados y agroindustriales en el total de las exportaciones.

Afirma Vega-Centeno:

[la] elevación de la productividad está más establemente ligada a la evolución del producto; y esta, a las condiciones técnicas de producción y al ritmo de las inversiones. En realidad creo que son estos aspectos que se deben considerar muy seriamente en el caso y a propósito del proyecto de elevar la productividad, para por esa vía, lograr competitividad para la manufactura peruana (Vega-Centeno 2003: 202-203).

Ahora bien, ¿qué impide la expansión del mercado interno y el crecimiento sostenido de las inversiones? O, en otras palabras, ¿cómo eliminar el bloqueo de este mercado para desatar el proceso de crecimiento descrito por Smith y Kaldor? Para estos autores, el nivel de producto agregado y el análisis del crecimiento económico y de la acumulación de capital están estrechamente relacionados, puesto que ambos involucran la determinación del volumen de inversión privada. Mercados más extensos estimulan la inversión y la introducción de técnicas reductoras de costos.

Las restricciones que bloquean la expansión del mercado interno son también, por lo tanto, restricciones a la inversión industrial local. ¿Cuáles son, entonces las restricciones que frenan el ritmo de estas inversiones? Hay dos maneras de analizar la importancia de la inversión y su relación con el estilo de crecimiento de una economía. Una es evaluar comparativamente su participación en el producto, su variabilidad y también su composición nacional o importada, pero esta ruta no permite explicar la orientación de las inversiones. Por ejemplo, la participación de la inversión privada respecto al PBI fue similar a la de algunos países con grados de desarrollo mayores que el nuestro, en los años de altas tasas de crecimiento asociadas a sectores primario-extractivos y de servicios de alta tecnología: en la década de 1950, a la minería; a inicios de la década de 1960, a la pesca; en las décadas de 1970 y 1980, a grandes proyectos de irrigación; y en la década de 1990, a la minería y a servicios de alta tecnología con inversiones extranjeras mediante las privatizaciones. Por otro lado, se sabe que en todas las economías, desarrolladas y subdesarrolladas, la inversión privada es, además, la variable del gasto agregado más volátil. Por último, el porcentaje de inversión importada en nuestro país se parece al de otros con estructuras económicas similares.

La otra ruta consiste en separar la inversión extranjera de la inversión nacional y analizar las restricciones que afronta esta última para expandirse a lo largo y ancho del país. Estas restricciones explican la orientación de dicha inversión y son las que, en última instancia, determinan no solo su nivel sino también su calidad y composición. En nuestro país, la inversión privada nacional enfrenta dos restricciones importantes: la restricción de mercado y la restricción de financiamiento. Estas no son, sin embargo, restricciones para la inversión privada extranjera, que viene con su propio financiamiento y tiene mercados internacionales asegurados cuando se trata de la producción de *commodities* o mercados locales cautivos cuando se trata de inversiones en telefonía, electricidad, etcétera.

La inversión nacional orientada a la producción no primaria (manufacturera y agroindustrial), tanto para el mercado interno como para el externo, carece de una demanda interna capaz de expandirse de manera sostenida. Para el enfoque adoptado en este trabajo, las condiciones de demanda afectan el gasto de inversión, que, a su vez, afecta la tasa de progreso técnico y, por lo tanto, el crecimiento económico de largo plazo (Palley 2005). En nuestro país, las condiciones en las que se desenvuelve la demanda se caracterizan por la poca conexión de la economía con la geografía y la demografía. Esto se expresa en un mercado interno reducido y poco dinámico, que *convive* con extensas áreas de autoconsumo y de recursos naturales no explotados.

Los altos costos que involucra este mercado reducido limitan la inversión privada en actividades productivas existentes y nuevas. Para ampliar este mercado,

se requiere conectar las distintas zonas geográficas y demográficas del país; es decir, se requieren inversiones en infraestructura (puertos, almacenes, carreteras, saneamiento, electricidad y telecomunicaciones, y educación y salud) para estimular el surgimiento de nuevas líneas de producción y aumentar la demanda para la producción existente.

Con las inversiones en infraestructura, se ampliarán y desarrollarán los mercados internos, aumentará la especialización y el cambio técnico y, por lo tanto, se incrementará la productividad. Y cuanto más crezca la productividad, mayor será la capacidad de nuestra economía de competir en los mercados internacionales. Así, la inversión privada nacional en sectores industriales y agroindustriales, generadores y multiplicadores de empleo e ingresos, permitirá consolidar un estilo de crecimiento menos sesgado a la producción primario-exportadora e integrarnos al mundo en mejores condiciones.

«La ampliación y renovación de capacidad productiva, es decir, [...] la concepción y concreción de inversiones», requiere estímulos reales y permanentes, que van desde «la existencia de una regulación eficaz y sin interferencia innecesaria sobre el funcionamiento del mercado» hasta «la existencia, renovación y ampliación de infraestructura, así como el sostenimiento de la educación-capacitación como contribución directa del sector público» (Vega-Centeno 2003: 265-266).

El déficit de infraestructura en nuestro país (puertos, almacenes, carreteras, saneamiento y telecomunicaciones), que se sitúa entre 25% y 27% del PBI, limita la competitividad interna e internacional de la economía. Hay que dinamizarla mediante concesiones y asociaciones público-privadas, para reducir costos por unidad producida. Ciertamente, la inversión en infraestructura física debe ser acompañada por un notable esfuerzo de inversión en infraestructura social o capital humano.

No se pueden ampliar los mercados existentes ni crear otros nuevos a lo largo y ancho del país sin buenas conexiones entre sus distintas zonas geográficas y demográficas. Estas conexiones o inversiones en infraestructura posibilitan la reducción del costo por unidad producida y el costo de transporte. Con ello, se estimula el surgimiento de nuevas líneas de producción y, por tanto, el aumento de la demanda para la producción existente.

Con mercados locales que se diversifican y expanden, los cambios tecnológicos serán endógenos y, por lo tanto, el aumento sostenido en la productividad, al reducir los costos por unidad producida, incrementará la competitividad⁸. Esta es

⁸ La competitividad se expresa en la reducción de los costos unitarios de producción. Hay dos maneras de reducir estos costos: a) disminuyendo los costos laborales —salariales y no salariales— por persona ocupada o por hora trabajada; y b) aumentando la productividad de los trabajadores. Ahora bien, disminuir salarios es posible por una sola vez, y solo puede efectuarse si hay un margen

la ruta consistente con la perspectiva de cambio técnico endógeno adoptada por Máximo Vega-Centeno en todos sus trabajos citados. Hemos llegado a «rescatar —dice Máximo— el carácter endógeno, interdependiente, del cambio técnico, de otros fenómenos económicos y, sobre todo, de la dinámica económica, a través de la consideración de fenómenos como el aprendizaje, la inducción y el carácter de actividad económica de la búsqueda tecnológica, como es la investigación y desarrollo experimental, bastante generalizada en otros medios» (Vega-Centeno 2003: 255).

Pero la inversión privada nacional también enfrenta una restricción de financiamiento. Las inversiones extranjeras dirigidas a la producción de *commodities* y/o a servicios de alta tecnología no enfrentan esta restricción. El escaso desarrollo del mercado doméstico de capitales explica el predominio de dicha inversión y el reducido dinamismo de la inversión privada local.

El mercado financiero de nuestro país sigue todavía dominado por la intermediación bancaria y, fundamentalmente, por créditos para el consumo de corto plazo. Según un estudio del Banco Mundial, las empresas consideran el financiamiento como uno de los principales limitantes del ambiente de negocios en el Perú. Solo 45% de las empresas del sector manufacturero cuentan con créditos del sistema financiero y alrededor de 15% no acceden al crédito por la elevada tasa de interés o por el alto colateral exigido (más de 20% en el caso de pequeñas empresas y microempresas).

Los créditos para inversiones de mediano y largo plazo son muy reducidos y se dirigen principalmente a grandes empresas y grupos relacionados con ellas. El escaso desarrollo del mercado doméstico de capitales constituye, por lo tanto, otra limitación para las inversiones privadas nacionales de mediano y largo plazo, sobre todo para las inversiones de las pequeñas y medianas empresas. Por esta restricción de financiamiento, las inversiones privadas locales no se orientan a realizar cambios técnicos, con lo cual se frena el aumento en la productividad del trabajo.

Para desarrollar el mercado doméstico de capitales, hay que desarrollar el mercado doméstico de deuda pública en soles. El desarrollo de este último genera una curva de rendimientos libre de riesgos en moneda local, que constituye una referencia de tasas de interés para el sector privado que los estimula a emitir deuda en la misma moneda. Cuando una economía cuenta con un mercado doméstico de capitales, los agentes superavitarios (con excesos de liquidez) tienen distintos

de costos susceptible de ser reducido. Por lo tanto, la opción con visión de futuro, que además privilegia el objetivo de elevar la calidad de vida de la población mayoritaria del país, es mejorar la competitividad mediante aumentos sistemáticos de la productividad del trabajo.

activos financieros no monetarios para reservar el valor de su dinero. Esto es así porque, en este mismo mercado, los agentes productores privados nacionales (deficitarios), pequeños, medianos y grandes, pueden emitir distintos instrumentos de deuda para financiar sus inversiones productivas⁹.

El Estado debe desempeñar un rol fundamental en el desarrollo del mercado de capitales, mediante la elaboración de normas y reglamentos, claros y transparentes, y que permitan el acceso de las pequeñas y medianas empresas a dicho mercado. Para que la producción de las pequeñas y medianas empresas se expanda y modernice, es necesario que sus inversiones aumenten y que haya financiamiento doméstico con ese fin; es decir, es necesario que haya demanda creciente y financiamiento de mediano y largo plazo.

Al respecto, dice Máximo Vega-Centeno:

[L]a investigación que aquí se ha realizado ha permitido encontrar elementos que hacen posible esperar desempeños superiores a los observados hasta hoy. Será sobre esos elementos que se puede apoyar una verdadera y necesaria rein-dustrialización. Se trata de nuevos comportamientos empresariales, de adecuada capacitación de trabajadores, de suficiente y oportuno financiamiento, así como de la permanencia de un marco macroeconómico estable y definido en función de la propia economía y de un marco institucional realmente creador de com-petencias (Vega-Centeno 2003: 263).

Referencias bibliográficas

- CRIPPS, T. F. y R. J. TARLING (1975) *Margins and Productivity Growth in Distribution*. Department of Applied Economics, University of Cambridge.
- (1973) *Growth in Advanced Capitalist Economies 1950-1970*. Occasional Paper 40. Cambridge University Press.
- EATWELL, John (1981) «Competition». En I. Bradley (editor). *Essays in Honor of Ronald Meek*. Londres: Macmillan, pp. 203-228.
- GAREGNANI, P. (1983) «Two Routes to Effective Demand: Comments on Kregel». En J. A. Kregel (editor). *Distribution, Effective Demand and International Economic Relations*. Londres: MacMillan Press, pp. 69-80.
- JIMÉNEZ, Félix (1988^a) *Economía peruana: límites internos y externos al crecimiento económico*. Lima: Fundación Friedrich Ebert.
- (1988b) «Ahorro, inversión y crecimiento: Una crítica a la concepción orto-doxa». *Socialismo y Participación*, n.º 41, marzo, pp. 45-59.

⁹ Las últimas crisis financieras internacionales han mostrado, además, que economías abiertas con mercados de capitales domésticos poco desarrollados son altamente vulnerables a los movimientos de capitales.

- (1987^a) «Demanda, inflación, crecimiento económico y Estado: enfoques en conflicto». *Economía*, vol. X, n.^o 20 (Departamento de Economía de la PUCP), pp. 9-45.
- (1987b) «El comportamiento de la inversión privada y el papel del Estado: notas sobre la acumulación de capital en una economía no integrada». *Socialismo y Participación*, n.^o 38, junio, pp. 13-28.
- (1984) «La balanza de pagos como factor limitativo del crecimiento y el desequilibrio estructural externo de la economía peruana». *Socialismo y Participación*, n.^o 25, marzo, pp. 81-108.
- (1981) «Perú: la expansión del sector manufacturero como generadora de crecimiento económico y el papel del sector externo». *Socialismo y Participación*, n.^o 18, junio, pp. 1-18.
- JIMÉNEZ, Félix y E. NELL (1986) «La economía política de la deuda externa y el Plan Baker: el caso peruano». *Socialismo y Participación*, n.^o 34, junio, pp. 57-99.
- JOHNSON, H. G. (1973) «The Monetary Approach to Balance of Payments Theory». En M. Connolly y A. Swoboda (editores). *International Trade and Money*. Londres: Allen and Unwin, pp. 206-224.
- (1958) *International Trade and Economic Growth*. Londres: Allen and Unwin.
- KALDOR, Nicholas (1975) «Economic Growth and the Verdoorn Law: A Comment on Mr. Rowthorn's Article». *The Economic Journal*, vol. 85, n.^o 340, diciembre, pp. 891-896.
- (1967) *Strategic Factors in Economic Development*. Nueva York: New York State School of Industrial and Labour Relations, Cornell University.
- (1966) *Causes of the Slow Rate of Economic Growth in the United Kingdom*. Cambridge University Press.
- LUSTIG, N. y J. Ros (1986) «Stabilization and Adjustment in Mexico: 1982-1985». Mimeo.
- MARX, Carlos (1971^a) *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (borrador) 1857-1858*. Vol. I. México: Siglo XXI.
- (1971b) *El capital*. Tomo I. México: Fondo de Cultura Económica.
- PALLEY, Thomas. I. (2005) «Macroeconomía keynesiana y teoría del crecimiento económico: volviendo a poner la demanda agregada en su sitio». En Mark Setterfield (editor). *La economía del crecimiento dirigido por la demanda*. Madrid: Akal, pp. 27-48.
- ROWTHORN, R. E. (1975) «What Remains of Kaldor's Law?». *The Economic Journal*, vol. 85, n.^o 337, marzo, pp. 10-19.
- SETTERFIELD, Mark (2005) «Introducción: una visión disidente del desarrollo de la teoría del crecimiento y de la importancia del crecimiento dirigido por la demanda». En Mark Setterfield (editor). *La economía del crecimiento dirigido por la demanda*. Madrid: Akal, pp. 7-23.

- SMITH, A (1958) *Investigación sobre la naturaleza y causas de la riqueza de las naciones.* México: Fondo de Cultura Económica.
- THIRLWALL, A. P. (2003) *La naturaleza del crecimiento económico. Un marco alternativo para comprender el desempeño de las naciones.* México: Fondo de Cultura Económica.
- (1980) *Balance of Payments Theory and the United Kingdom Experience.* Londres-Basingstoke: The MacMillan Press.
- THIRLWALL A. P. y M. N. HUSSAIN (1982) «The Balance of Payments Constraint, Capital Flows, and Growth Rate Differences between Developing Countries». *Oxford Economic Papers*, vol. 34, n.º 3, noviembre, pp. 498-510.
- VEGA-CENTENO, Máximo (2003) *El desarrollo esquivo.* Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- (1993) *Desarrollo económico y desarrollo tecnológico.* Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- (1983) *Crecimiento, industrialización y cambio técnico, Perú 1955-1980.* Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima.
- VERDOORN, P. J. (1993[1949]) «Fattori che regolano lo sviluppo della produttività del lavoro». *L'Industria*, n.º 1, pp. 3-10. (Traducción al inglés por A. P. Thirlwall, en L. Pasinetti, editor. *Italian Economic Papers*. Vol. II. Oxford: Oxford University Press, 1993).